

Martín Fierro

cumple cien años

H E sido siempre un admirador de la Argentina: desde el tango al gaicho. Tal vez esa fuera la motivación de mis colaboraciones en un periódico platense y otro de Montevideo, cuando Di Stefano no era todavía famoso y cuando el San Lorenzo de Almagro no nos había dado todavía una lección de fútbol,

Viene esto a cuento del centenario del poema «Martín Fierro», que cumple este año un siglo de vigencia literaria con un éxito extraordinario, no sólo en su país de origen sino también — y eso es sintomático — en España, donde por su enjundia popular lo hacemos nuestro como hicimos nuestros el poema del Cid o las coplas de Mingo Revulgo, por ejemplo.

«Martín Fierro» es tan hispánico en su lenguaje, en sus reacciones, en su profunda sensibilidad y desenfado, que a nadie le puede ser indiferente, por la carga emotiva que lleva en sí. Es un poco el poema de todos, aunque se escribiera y radicara en Argentina.

La primera aportación hispánica al «Martín Fierro» fue el trasplante a la Pampa desde la península de un copioso refranero llevado en libros y en labios de españoles, y que José Hernández no olvidó a la hora de escribir el poema. También los caballos, llevados de España por don Pedro de Mendoza, y las bragas maragatas, de las que, al parecer, proceden las bombachas de los gauchos, vestimenta adecuada para cabalgar, y que a tierras de León trajeron desde Macedonia, según modernas investigaciones, los soldados cántabros alistados como mercenarios en los ejércitos de Roma, y más tarde trasplantadas a América. Todo eso y la idea plástica del paisaje lla-

no, amplio, místico y duro, común a las tierras de Castilla y de la Pampa, hace universal e hispánico a este poema argentino. De ahí que algunos especialistas del otro lado del océano lo hayan comparado con el poema del Cid.

Los caballos y las bombachas para bien cabalgar; el refranero y la guitarra para bien conversar y cantar, con el extenso horizonte de la Pampa y una continua lucha para vivir, son las apoyaturas con que José Hernández sostuvo su magnífica obra literaria. El autor fue soldado, escritor y político, tres ingredientes sustanciales para mejor observar desde todos los ángulos la vida cotidiana. Y a fe que lo consiguió.

Como la versificación es popular — entre el romance y la copla —, muy pegadiza, el éxito tenía que ser grande. Hasta el punto de que, una vez terminado el poema en 1872, hubo que añadirle una segunda parte en 1878, que no desmereció de la primera.

En el Martín Fierro, al igual que en el «Quijote» — y ésta es la primera similitud con nuestra temática literaria —, el sentido caballeresco con las damas aparece siempre que hay ocasión para ello. Dulcinea y la princesa Micomicona, por ejemplo, son para Don Quijote lo que la esposa y la dama a la que la rescató de los indios, para Martín Fierro. Pero hay otras muchas semejanzas más: En el canto I hay una reminiscencia de nuestros bandoleros generosos: «Que nunca peleo ni mato — sino por necesidad —». La temática de «La Vida es Sueño» aparece en el canto II: «Viene el hombre ciego al mundo...» Y en otro lugar se recuerda «La Cena» de B. de Alcázar: «Venía la carne con cuero — la sabrosa carbonada-mazamorra bien pisada —, los pasteles y el güen vino...» En el canto III nos recuerda el poema del Cid: «Tuve en mi pago en un tiempo hijos, hacienda y mujer — pero empecé a padecer —, me echaron a la frontera...» José Hernández debió ser un total lector de nuestros literatos. Veamos la similitud con «A buen juez mejor testigo»: «Y dicen que desde entonces cuando es la noche serena — suele verse una luz mala — como de alma que anda en pena».

La copla popular española se refleja en el Martín Fierro asiduamente: «Hay gauchos que presumen de tener damas». Y una reminiscencia del Tenorio: «De sacar de allí los huesos — y echarlos al camposanto...»

Nuestro Rojas Zorrilla tiene un drama titulado; «Del Rey abajo, ninguno»; pues veamos un verso del Martín Fierro: De Dios abajo, ninguno». La semejanza es total. Nada menos que 23 estrofas tiene el Martín Fierro dando consejos, como hizo Don Quijote con San-

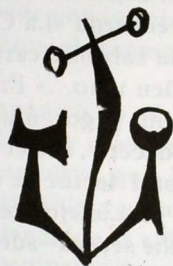
cho cuando se fue a la Insula Barataria. Veamos lo que dice el poema: «Hazte amigo del Juez —no le des de qué quejarse...» Y hasta un diálogo entre Martín Fierro y el Moreno, que nos recuerda al tenido entre el «Cuerpo y el Alma» en nuestra literatura.

Termina el poema con una moraleja, al estilo de nuestros fabulistas: «No es para mal de ninguno—sino para bien de todos...»

La lingüística, con aliteraciones, trastueques de palabras, refranes y voces típicas, como ¡Barajo!, condicionan totalmente al hermoso poema, a la literatura y lengua castellanas. Motivo que lejos de mermarle méritos, se los añade.

Y esto es cuanto queríamos escribir—poco para lo que merece—de este famoso poema, cuando cumple los cien años.

Juan Pedro VERA-CAMACHO



DON ANTONIO GARCIA Y BELLIDO

En Septiembre último falleció en Madrid el Catedrático de la Universidad Central, Director del Instituto Español de Arqueología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y sabio de universal renombre don Antonio García y Bellido.

Aparte de su inmensa labor docente cristalizada además en sus numerosísimas y valiosas obras sobre Arte e Historia de las épocas clásicas, la figura del ilustre desaparecido era particularmente simpática en Extremadura, región que visitó incontables veces y donde realizó notables trabajos, poniendo de manifiesto, entre otras cosas, el famoso monumento distilo de Zalamea de la Serena (Municipium Julipense). El señor García y Bellido asistió a los cuatro Congresos de Estudios Extremeños celebrados en Cáceres, Badajoz, Plasencia y Mérida, presidiendo el último de ellos en la primavera del año que finaliza. «ALCANTARA» siente como suya esta gran pérdida científica nacional, que como las recientes de Rodríguez Moñino y del Conde de Canilleros es causa de incalculable daño en los medios culturales de la región.

En la fotografía adjunta vemos al ilustre profesor, en una de sus muchas visitas a Cáceres, en el patio del Museo provincial, acompañando a tres investigadores cacereños, don Fernando Bravo, don Pedro Lumbreras y don Carlos Callejo.